

DON QUIJOTE PEREGRINO EN COMPAÑÍA

Federico Ortés
Sevilla

“La Historia es un puro engaño; permanece tal como la maquilló y amañó algún gran escritor”¹

“Don Quijote es simultáneamente una obra cuyo auténtico tema es la literatura, pero también la crónica de una realidad dura y difícil”²

Hace ya algunos años, y casi por casualidad, descubrí uno de los secretos mejor guardados de nuestra Historia, un misterio que ha permanecido oculto durante los últimos cuatro siglos y cuya revelación supone un extraordinario hallazgo tanto para la Literatura como para la Historia.

Se trata de la rocambolesca e intrigante trayectoria del *Relato del peregrino* o *Autobiografía* de Ignacio de Loyola (1491-1556), libro escrito pocos meses antes de la muerte del fundador de la Compañía de Jesús y secuestrado por la cúpula de la Orden algunos años después de su fallecimiento. La aclaración de este enigma no sólo revela una trama del máximo interés histórico sino que, además, reabre la más vieja teoría existente sobre los orígenes del *Quijote*, conduciéndonos, por fin, al discernimiento de sus fuentes esenciales.

I. RELATO DEL PEREGRINO. En el año 1553, “cediendo a repetidas instancias de varios miembros de la Compañía, especialmente del P. Jerónimo Nadal, san Ignacio se decide a efectuar el relato de su vida. Para ello elige como confidente al P. Luis Gonçalves da Câmara, portugués, entonces confesor en la corte de Lisboa del rey Juan III. A Câmara, buen humanista y por quien el santo sentía especial predilección, le irá relatando de

viva voz, a lo largo de las diferentes sesiones, la historia de su vida comprendida entre su conversión y su llegada a Roma.

La narración se vio interrumpida varias veces: comenzó en septiembre de 1553 para ser abandonada al cabo de pocos meses a causa de las repetidas enfermedades de san Ignacio. Se reanuda brevemente en marzo de 1555, y finalmente, ante la inminencia del retorno de Cámara a Portugal, en septiembre del mismo año. El portugués tomaba notas que dictaba a continuación a un escribano. Aparecen así 11 capítulos, los 8 primeros, redactados en Roma por un amanuense español, estaban en castellano; los otros tres, encontrándose Cámara en Génova, "y no disponiendo de amanuense español", en italiano.

El relato pasa, pues, por una doble fase de redacción: unas primeras notas sumarias, y posteriormente, sobre ellas, la redacción definitiva. Parece ser que Cámara estaba particularmente dotado para ello: "El mismo día, a lo que creo, habiendo llamado al P. Luis Gonçalves, comienza a narrarle lo que aquel padre, según es de excelente memoria, pasaba luego al papel"³.

Como en ninguno de los manuscritos se otorga al libro un título concreto, su denominación a lo largo de la historia ha sido variable, y puede encontrarse bajo cualquiera de los siguientes nombres: *Hechos* o *Actas* del P. Ignacio, *Autobiografía*, *El peregrino*, *Memorias* o *Confesiones*, entre otras. Carmen Artal, en su excelente edición de Labor de 1973, lo tituló *Relato del peregrino*, elección muy adecuada y precisa pues, además de informar del procedimiento narrativo, respeta la voluntad de su autor, ya que "el peregrino" es el único nombre que Loyola, salvo alguna excepción indirecta, recibe en el libro.

El Relato no es, pues, una autobiografía en su sentido estricto, ya que no fue escrita directamente por Loyola aunque, según señala Gonçalves en el prólogo, sus palabras están tan respetadas que es como si él mismo lo hubiese realizado.

El libro, de apenas setenta páginas de ahora, está dividido en once capítulos y dos prólogos, uno del P. Nadal y otro de Gonçalves.

Los once capítulos narran la vida peregrina de Loyola desde el momento en que cae herido durante el asedio de los franceses a la fortaleza de Pamplona en 1521 (nada se dice de su infancia y

juventud), hasta la confirmación de la Compañía en 1540. Su núcleo argumental se sostiene sobre el camino, eje que vertebra las constantes peregrinaciones y los distintos sucesos que acontecen al protagonista desde que abandona su casa hasta que se instala definitivamente en Roma.

Su contenido, capítulo a capítulo, puede resumirse así: con 26 años, y tras ser gravemente herido en la pierna derecha (mayo 1521) de la que quedará cojo, Loyola da un giro radical a su brillante carrera militar y decide hacerse peregrino e imitar en sus hazañas a los antiguos anacoretas y santos. En dicha metamorfosis o, como prefieren decir los jesuitas, conversión, jugaron un papel fundamental los libros, pues siendo muy aficionado a los de caballerías y no disponiendo de ellos durante su convalecencia, le dieron a leer algunos de santos (agosto-septiembre 1521), a los que se aficiona y le influyen hasta tal punto que, en apenas tiempo, y tras una “visión de la Virgen Santísima” (agosto-septiembre 1521) renuncia a sus derechos de hidalgo y decide hacerse peregrino (capítulo I). Al inicio del camino hace voto de castidad (febrero 1522), y en el monasterio de Montserrat, tras velar las armas ante la imagen de la Virgen (marzo 1522) (II), cambia sus vestidos de caballero por los de peregrino y comienza definitivamente un viaje cuyo último objetivo es llegar a Jerusalén. Viaje convertido en el camino ascético de un hombre riguroso que a medida que progresa en sus sacrificios, visiones y acercamientos místicos, va asumiendo una nueva misión de ayudar a los necesitados y restaurar el olvidado espíritu del cristianismo apostólico (III, IV y V). A la vuelta de Jerusalén comienza a estudiar en Barcelona y Alcalá de Henares, donde es acusado de iluminista y encarcelado por la autoridad episcopal o la Inquisición, hechos que se repiten sucesivamente en Salamanca y París (VI, VII y VIII). Visita por última vez España y después vuelve a Italia, siendo de nuevo perseguido en Venecia y en Roma (IX, X y XI).

Los once capítulos son bastante desiguales en extensión y contenido, apreciándose claramente el interés de Loyola por centrarse en aquellos acontecimientos que, como sus procesos inquisitoriales, no habían sido narrados por sus compañeros con absoluta precisión.

Con un estilo preciso y sencillo, Gonçalves recoge en tercera persona los recuerdos de Loyola desde que decide hacerse peregrino y viajar a pie a Jerusalén y a otros países de Europa. Escribe sólo lo que escucha, tratando, según dice, de respetar incluso las expresiones y particularidades del lenguaje de un hombre que lleva alrededor de 30 años alejado de su tierra.

El resultado es sumamente interesante, pues Loyola, hombre de pocas palabras, resume al máximo sus experiencias, destacando sólo aquellos datos que considera útiles para comprender los acontecimientos y su trayectoria espiritual, evitando siempre lo superfluo y buscando sugerir más que ratificar, por lo que el libro permite ambiguas lecturas que reflejan, además del camino ascético de su protagonista, un extraordinario retrato social de la época, ya que en su intensa vida de peregrino e impulsor de una religión que pretende resucitar el viejo espíritu del cristianismo apostólico, Loyola se granjeó muchos apoyos y muchas enemistades que, aunque en el Relato no se juzgan, tampoco se solapan.

Al sentido de biografía espiritual también colabora la selección del tiempo recordado, del que quedan excluidos tanto los treinta años anteriores a la conversión como los dieciséis posteriores a la confirmación de la Compañía, probablemente porque de los primeros él no quería saber nada, ya que su actitud era considerar como muerto todo lo anterior a su vida religiosa. Respecto al silencio en torno a la etapa posterior a la confirmación de la Compañía, probablemente pensó que ya estaba suficientemente referida por sus compañeros.

En general, el Relato contiene precisas pinceladas de una intensa vida, y una gran sutileza en la elección de la información. La prosa es igualmente efectiva y casi matemática, sin apenas elementos retóricos y muy acertada en la elección de un vocabulario rico y abierto a la ambigüedad e incluso a la ironía, todo suavemente empujado hacia delante por una firme voluntad de contar la verdad sin ofender a nadie, pero sin ocultarla.

Esta valiente determinación de contar la verdad sin exclusiones contrasta, en ciertos aspectos, con el comportamiento de Loyola en esos mismos últimos años de su vida, caracterizado por la máxima prudencia y diplomacia en las relaciones con el poder y las demás órdenes religiosas.

Antes de su nacimiento, el Relato ya había creado una tremenda expectación entre los compañeros de Loyola, la mayoría jóvenes y deseosos de conocer de primera mano la accidentada vida del venerado fundador de la Orden. Por eso, aunque el libro no llegó a imprimirse, se propagó fácilmente pues, siendo los jesuitas una congregación culta, ellos mismos se encargaron de hacer copias y enviarlas a los distintos países en que estaba asentada la Compañía.

La muerte de Loyola algunos meses después convirtió el libro en su testamento espiritual, haciéndose lectura deseada no sólo de los jesuitas y sus benefactores, sino de muchas personas que habían estado al tanto de la valiente y conflictiva trayectoria de un hombre cuya vida y milagros esperaban encontrar en el Relato.

Pero sorprendentemente, apenas diez años después de su aparición, la cúpula de la orden decide secuestrarlo:

"que V. R. procure de ejecutar lo que ya N. P. ha mandado, y, a lo que creo, escrito a los provinciales, etc., y es que recojan buenamente lo que escribió el p. Luis Gonçález, o cualquiera otro escrito de la vida de N. P., y lo tengan ellos y no permitan que se lea, ni ande por las manos de los nuestros ni de otros; pues, siendo cosa imperfecta, no conviene que estorbe o disminuya la fe de lo que más cumplidamente se escribe. Y en esto se ha de usar la diligencia y prudencia que V. R. entiende que es menester, para que no se haga ruido"⁴

Las fuentes documentales sobre este asunto las suministra la Compañía con cuentagotas, sólo se conocen pequeños fragmentos o alusiones encubiertas. Por eso este detalle de una carta del P. Pedro de Ribadeneyra al P. Nadal, fechada en junio de 1567, resulta interesantísimo, al informarnos de que, al menos casi un par de años antes de la fecha de esa carta, ya se había acordado secuestrar los escritos de Gonçalves y enviado órdenes a los colegios de la Compañía. Sólo después, o sea, transcurrido el tiempo prudencial para estimar que la orden había sido incumplida, se explica este tono frío e imperativo ("procure de ejecutar") con que Ribadeneyra escribe a Nadal, precisamente uno de los fundadores de la Compañía y, además, el principal promotor del Relato.

La Compañía no dio explicaciones sobre el secuestro y, lógicamente, los propios jesuitas no comprendieron un mandato que sólo podía aceptarse como una ofensa al espíritu del fundador.

Diversos documentos atestiguan que no fue fácil para los jesuitas acabar con las rencillas surgidas entre ellos mismos por esa prohibición, y puede decirse que el asunto dio lugar a la primera crisis interna, a un pequeño cisma en la nueva Orden. Parece ser que en España fue donde mayor virulencia adquirieron esas tensiones, entre otras cosas porque los españoles eran los máximos defensores del espíritu infundido por Loyola a la Compañía. Pero en definitiva, Roma insistió en su decisión y terminó imponiendo su criterio.

Desde entonces y hasta el año 1731, en el que los bolandistas publican una edición latina, no se vuelve a saber nada del Relato. La primera edición del original, en su doble versión español-italiano, no aparecerá hasta 1904. Tras esta primera edición restringida se publica otra, también limitada, en 1942. Hasta 1973, en que aparece publicada en la inolvidable colección Maldoror, de la editorial Labor, no puede decirse que fuera de dominio público.

La orden de secuestrar el Relato afectó también al *Memorial*, un cuaderno de notas donde Gonçalves recoge detalles personales y cotidianos sobre el comportamiento de Loyola como superior de la congregación. Hay, además, noticias de otros escritos de Gonçalves que, al parecer, han desaparecido para siempre. La misma figura de Gonçalves ha sido tratada por la orden con todo tipo de reservas. Algo igualmente sorprendente, pues no debe olvidarse que Loyola lo escogió entre todos los miembros de la Compañía⁵, o sea, un enorme honor doblemente meritorio, pues era portugués y, por lo tanto, con posibles problemas de comunicación y, además, Loyola apenas lo conocía, ya que llegó a Roma en mayo de 1553, y el 4 de agosto de ese mismo año ya había determinado tomarlo como confidente. En contraste, cualquiera de los jesuitas destacados de esa época ha sido abundantemente elogiado por los historiadores de la Compañía con innumerables páginas biográficas y laudatorias. La excepción es Gonçalves, discriminado no sólo en el trato historiográfico sino hasta en sus escritos. De hecho su figura todavía no ha sido rehabili-

tada, lo que obliga a pensar en otro tipo de problemas, pues la Compañía soportó también fuertes tensiones internas en Portugal y, además, fue bastante rechazada por las restantes órdenes religiosas que vieron cómo en pocos años había ganado el favor de la monarquía y ocupado un lugar privilegiado y unas funciones excesivas.

¿Qué razones movieron a la cúpula a tan extraño proceder? ¿Cómo entender que se abrieran los trámites para la beatificación de Loyola y a la vez se prohibieran sus escritos? La respuesta no se encontrará hasta la publicación de la siguiente biografía de Loyola.

No obstante, y a pesar del secuestro del libro, los más de diez años transcurridos entre los primeros manuscritos y la prohibición, parecen ser tiempo suficiente para que se copiara de forma incontrolada, especialmente en España, y más concretamente en Guipúzcoa, Alcalá, Barcelona y Manresa, lugares donde Loyola había dejado en sus comienzos un aura de pureza y renovación, buenos amigos y algunos admiradores de su personalidad y doctrina.

Señalar por último que el Relato es una obra excepcional que debería ocupar un lugar privilegiado entre las más importantes de la Literatura y la Historia del Siglo de Oro. También Gonçalves da Câmara deberá ser reivindicado en reconocimiento al extraordinario valor de esa escritura concisa, compleja y llena de vida, donde los avatares de Loyola sirven de eje para la reconstrucción de toda una época de Europa: guerras, tempestades, peste, naufragios, visiones, procesos, vida social, ideología, sicología, etc., un mundo en sus mínimos detalles recogido en apenas setenta páginas "dignas de entallarse en bronce".

II. VIDA DEL P. IGNACIO DE LOYOLA. Al mismo tiempo que la cúpula de la Compañía acuerda el secuestro del Relato y los demás escritos de Gonçalves, se encarga a Pedro de Ribadeneyra la realización de una nueva biografía sobre Loyola. Se dice que Ribadeneyra estaba preparándose desde hacía mucho tiempo para ese momento y que, gracias a eso, pudo terminar el libro con bastante rapidez. Existen algunos documentos que acreditan la enorme precaución y sigilo que rodeó la edición de la

obra, no porque fuera un libro problemático en sí, sino porque venía a ocupar el lugar del Relato, y los jesuitas, antes de su difusión, querían conocer la reacción entre sus propios miembros. El libro apareció en Nápoles en 1572 con el título de “*Vita Ignatii Loyolae*” y se distribuyó exclusivamente entre los miembros de la Compañía. Desde el principio, al menos aparentemente, gozó de un éxito inmediato entre sus lectores, aunque se conocen bastantes documentos que indican la existencia de un gran rechazo por algunos miembros de la orden. No obstante, la obra se aceptó con general entusiasmo y en 1583 aparece en Madrid la versión castellana con el título de “*Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la Religión de la Compañía de Jesus*”. Libro que vino a sustituir a todos sus antecesores, también secuestrados, y que desde entonces hasta principios del siglo veinte ha sido la fuente biográfica fundamental sobre Loyola.

Lo primero que llama la atención del libro es su tamaño. Frente a la brevedad del Relato, la Vida consta de más de 500 páginas, divididas en 5 libros y tres dedicatorias. En segundo lugar resalta su prosa recargada e innecesaria, también en el polo opuesto a la sencillez del Relato. Y además su contenido, intencionadamente confuso y, en muchas ocasiones, falso.

De esa falsedad participa fundamentalmente su estilo pues, para todo ese trabajo de engaño y verdades a medias, su autor creó una serie de recursos envolventes que dificultan y hacen plúmbea su lectura.

Frente a la sobriedad del Relato choca, desde el principio, su tono acaramelado y humildemente pretencioso, y sus falsos propósitos, pues desde la dedicatoria se promete que el libro será verdadero, breve y de peso. Tres promesas radicalmente incumplidas, tal como demuestra su prolijidad y otros detalles de literato engolado cuya retórica suena siempre vanidosa, arrogándose, desde las primeras páginas, una constante ayuda celestial, una especie de inspiración divina y también una garantía de autenticidad basada en un... yo lo conozco de toda la vida.

Pero lo más criticable del libro de Ribadeneyra es su repetida insistencia en contar la verdad cuando con el Relato en la mano se demuestra que calla cosas muy importantes o las dice a medias y, además, que muchas de sus interpretaciones son inciertas.

A ello hay que añadir el abuso de la fraseología de la época y un insoportable exceso de sinonimias, repeticiones retóricas y demás juegos de palabras que desmienten su repetido propósito de brevedad.

Igualmente abusa del estilo directo, hasta tal punto que pierde toda su credibilidad, pues no sólo reproduce entre comillas cantidad de antiguas frases de las que no existen fuentes conocidas, sino que atribuye a Loyola largos monólogos interiores totalmente inventados por él.

En general, la *Vida* es un ejemplo paradigmático de ampliación, pues está hinchada a base de inútiles divagaciones y cláusulas explicativas. Además, lo que en principio iba a ser una biografía encomiástica y pacificadora, se convierte en un montaje propagandístico y panfletario sin precedentes en la historia de las religiones, todo ilustrado con la más edulcorada literatura de púlpito y beatería, y sin ningún respeto a los preceptos esenciales de la tradición humanista ni de la retórica, cuyas reglas impiden introducir lo falso como verdadero en obras didácticas o históricas.

En fin, además de una prosa tediosa y sobrecargada, en la *Vida* abundan adulaciones a la Inquisición y desmedidos insultos a protestantes, musulmanes y judíos, con lo que Ribadeneyra no sólo cumplió su encargo de retocar los aspectos más críticos y comprometidos del Relato, sino que colocó a la Compañía de Jesús en la vanguardia opresiva de la contrarreforma, a la vez que despojaba la vida de Loyola de su fuerza revolucionaria.

Una vez muerto el fundador de la Orden y comprendiendo que la agresividad de la Inquisición contra ellos no cesaría hasta que los dominicos se vieran complacidos, la Compañía decide iniciar la reconciliación ofreciendo el secuestro del Relato y su sustitución por la *Vida* como prueba innegable de su buena intencionalidad. El resto del compromiso se irá conociendo a través de la *Vida*, donde la labor balsámica de Ribadeneyra se aprecia a simple vista comparando su versión de los sucesos de Salamanca con la del Relato.

En definitiva, lo más silenciado del *Relato*, su gran tabú aún en nuestros días, son los primeros arrebatos místicos de Loyola y sus desafortunados encuentros con la Inquisición y los dominicos.

En los capítulos VI, VII y VIII, el *Relato* es preciso y, en la sutilísima narración de los acontecimientos, no sólo aparecen claramente los días y veces que Loyola estuvo encarcelado, sino que se dejan entrever los motivos injustos, las irregularidades jurídicas, el protagonismo de los dominicos e incluso los gestos iracundos de los inquisidores.

La misión de Ribadeneyra fue, pues, modificar y edulcorar todos los acontecimientos de Alcalá, Salamanca y París, haciendo que aquellos jueces no aparecieran como injustos represores, sino como celosos y bondadosos guardianes de una Iglesia católica en estado de alerta.

Ahora, por fin, quedaban claras las razones del secuestro y sustitución del *Relato* por la *Vida* que, como Ribadeneyra dice en la dedicatoria a sus hermanos, se escribió por encargo, con el mandato de realizar una biografía que aplacara definitivamente el ánimo hostil de los dominicos hacia la Compañía, todavía acosada en España y Portugal por la Inquisición. En suma, la Compañía, para ganar su estabilidad, estaba siendo obligada a realizar un plan en el que se incluían una serie de acontecimientos dirigidos a quitarle históricamente la fuerza revolucionaria y crítica que la figura de Loyola le había proporcionado, sólo así conseguirían la paz deseada, y la beatificación (1609) y canonización (1622) de Loyola, en la que tanto dominicos como Inquisidores jugaban un papel decisivo.

También puede decirse que la *Vida* se sumó a la moda de los falsos cronicones, en los que supuestos historiadores, en su mayoría eclesiásticos, inventaban santos, milagros, leyendas y todo tipo de tradiciones favorables a la Iglesia. Entre todos ellos destacó la *Historia de Toledo*, precisamente del también jesuita Román Higuera, cuyas invenciones nadie se atrevió a desmentir hasta mediados del siglo XVIII.

Si aquellos cronicones donde la mentira era tan patente no podían ser atacados, ¿cómo atreverse con la *Vida* de Ribadeneyra y sus más indemostrables falsedades? No hay otra explicación al incomprensible prestigio otorgado durante siglos a este libro, incluido en el Catálogo de Autoridades de la Lengua y considerado como una obra maestra de la literatura religiosa⁶.

La *Vida* de Ribadeneira se editó profusamente tras su aparición y buena aceptación de crítica y venta, de hecho a la edición de 1583 le sucedieron otras en 1584, 1586, 1594, 1595 y 1605. Todas fueron dirigidas por Ribadeneira, y en cada una fue haciendo retoques reveladores de su oculto cometido.

Es muy significativo que a partir de la edición de 1605, es decir, el mismo año en que se publica la Primera Parte del *Quijote*, la *Vida* no vuelva a editarse, según *Fontes Narrativi*, hasta 1863.

Actualmente la Compañía sigue manteniendo casi la misma postura oficial de principios de siglo, consistente en ignorar el asunto, siguiendo con el mismo secreteo en torno a la figura de Gonçalves y el *Relato*, y la misma exaltación de Ribadeneira y sus obras.

III. DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Las primeras noticias que relacionan a Ignacio de Loyola con don Quijote se remontan a los últimos años de la vida de Cervantes. Según Catalina Buezo, ya en 1610, con motivo de las fiestas organizadas en Salamanca en honor de la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, los estudiantes pasearon una máscara a la picaresca denominada “El triunfo de don Quijote”⁷. También “en 1688, un escritor anónimo determinaba que el héroe del Quijote era una caricatura de Ignacio de Loyola, creencia aceptada por Voltaire en el siglo siguiente”⁸. Posteriormente Bowle, Villegas y Unamuno, entre otros, defendieron esa misma relación, aunque sin aportar pruebas irrefutables que hubieran permitido seguir en esa línea. Más recientemente Marco Corradini ha profundizado muy acertadamente en el mismo camino emprendido por Unamuno.

Casi todos han insistido en la posibilidad de que Cervantes estudiara en alguno de los colegios de los jesuitas, basándose fundamentalmente en la referencia a la Compañía que se hace en el *Coloquio de los perros*.

Menéndez Pelayo, Agustín G. De Amezúa, Navarro Ledesma o el jesuita Miguel Cascón, entre otros, sostienen que Cervantes “fue casi de fijo uno de los discípulos, a quien la lectura y enseñanza de los Padres aprovechó”.

Sin embargo, los jesuitas, con anterioridad al siglo XX, han mostrado cierta hostilidad con la obra de Cervantes:

"Los jesuitas en sus escuelas tronaban contra Cervantes tachándolo de hereje. El Padre Miguel Mir, quien abandonó la Compañía de Jesús, en 1891, pero conservó su condición de sacerdote, relata que en cierto colegio se celebró un auto de fe o quema de libros heréticos. Uno de los arrojados a las llamas fue el *Quijote*, y, al lanzarlo se pronunció el anatema: <<Por hereje, por impío, por...liberal!>>"⁹

Lo cierto es que, probablemente, Cervantes estudiara en algún colegio de la Compañía pues, como argumentan los propios jesuitas, en casi todas las ciudades en que hipotéticamente residió durante esos años existían colegios. En Alcalá de Henares tenían colegio con clases de gramática desde 1547, año en que allí nació Cervantes. En 1552 se supone que vivía con sus padres en Valladolid y poco después en Córdoba. En 1564 su padre, Rodrigo de Cervantes, se declara médico cirujano en la ciudad de Sevilla, y en 1566 se instala en Madrid. Ciudades todas donde estaba asentada la Compañía.

Eso permite suponer también que Cervantes convivió con gente muy relacionada con la Orden, profesores y compañeros con los que estudió e hizo amistad en unas fechas de máxima exaltación de la figura de Loyola, cuya muerte se produce cuando Cervantes tiene nueve años, de forma que vivirá de cerca esa década en la que en España se pasa del entusiasmo y emoción de leer el *Relato*, obra póstuma del rebelde fundador de una orden encaminada a la rehabilitación espiritual de la Iglesia, a su secuestro. Es decir, durante los años en que Cervantes probablemente estudia en la Compañía, se produce en ella el cambio de una filosofía humanista cercana al erasmismo por una integración en la ortodoxia. El símbolo más significativo, la prueba más irrefutable de lo que había sucedido, fue la sustitución del *Relato* por la *Vida*.

No es difícil imaginar cuál sería la posición de Cervantes, sus simpatías al respecto, pues su siguiente maestro en el Estudio de la villa de Madrid es Juan I. ópez de Hoyos, conocido erasmista y, por lo tanto, ideológicamente muy próximo al Loyola peregrino.

Sea o no cierto que Cervantes estudiara en su juventud con los jesuitas, lo que sí hay que resaltar es la diferencia entre el ambiente y los estudios de aquellos primeros colegios, situados ideológicamente próximos al erasmismo, y los que surgirán tras la metamorfosis de la orden. En ese sentido podría decirse que el erasmismo cervantino, brillantemente defendido por Bataillon, A. Castro y A. Vilanova, entre otros, tuvo sus raíces en los colegios de la primera Compañía y su continuidad en el maestro López de Hoyos, con quien Cervantes compone, entre 1567-1568, sus primeros poemas conocidos. Después se le pierde la pista y sobre 1569-70, según algunos documentos y la información ofrecida por él mismo en la dedicatoria de *La Galatea*, se encuentra en Roma como camarero del cardenal Julio Acquaviva.

Este es prácticamente el primer dato biográfico que Cervantes nos ofrece en sus obras, y lo hace recordando aquella etapa de Roma de la que poco más se sabe, pues se ignora hasta el tiempo que duró aunque, en todo caso, nunca más de dos años, ya que también es irrefutable que el 7 de octubre de 1571 participó en la batalla de Lepanto.

¿Fue durante su estancia en Roma cuando conoció la existencia del *Relato* y su posterior secuestro, o ya se había informado en España?

Recordemos que en Roma, desde 1555, corrían copias del manuscrito castellano, y que los jesuitas comenzaron a retirarlo sobre 1567, es decir, alrededor de dos años antes de la llegada de Cervantes que, precisamente, trabaja en Roma al servicio de un cardenal relacionado con la Compañía, por lo que probablemente, y dado su rango eclesiástico, se hiciera con alguna de esas copias que habían circulado libremente durante casi doce años.

Existen muchas razones para pensar que a Cervantes le atrajera la lectura de ese libro, cuyo interés general se debió acrecentar inmediatamente tras su censura, pues era la biografía de un español muy famoso en su época y especialmente en Alcalá, donde había nacido y vivido Cervantes y donde algunos años antes, como ya vimos, Loyola fue por primera vez perseguido y encarcelado por la Inquisición, y donde lógicamente había dejado un recuerdo heroico entre los erasmistas y un aire de espiritualidad muy afín a ellos y a las demás corrientes heterodoxas. No es,

pues, de extrañar que fuera Alcalá, en los años de la prohibición del *Relato*, el núcleo de la rebelión contra Roma, ni que Cervantes, a caballo entre Alcalá, Madrid y Roma, estuviera al tanto de lo que ocurría.

En el *Quijote* se demuestra sobradamente que Cervantes no sólo leyó el *Relato* y la *Vida*, sino que prácticamente los conocía de memoria, de ahí que mi intención aquí no sea corroborar ese conocimiento, sino teorizar sobre el momento en que se produce, probablemente durante su primera visita a Roma, o algunos años antes en España, donde también desde 1555 debieron, quizás con mayor profusión, multiplicarse las copias de un libro que había despertado expectación tanto por la figura de su protagonista como por las críticas indirectas contra los dominicos y la Inquisición española.

En resumen, tanto en España como en Roma, Cervantes se encuentra próximo a un círculo de personas cultas, heterodoxas y admiradoras de la obra de Loyola y, por tanto, posibles poseedores de copias de un libro con el que los jesuitas, al principio, se sintieron muy felices y, aunque con cautela, debieron mostrar a sus más íntimos, favoreciendo la multiplicación incontrolada, especialmente porque su brevedad lo permitía. Cuando algunos años después ellos mismos, incluso con fuerte oposición interna, comienzan la labor de recogida, ya era demasiado tarde para hacerse con la totalidad del número indefinido de ejemplares existentes.

También en Roma es lógico pensar que Cervantes se relacionara con algunos jesuitas, muchos de ellos españoles y procedentes de Alcalá y otras ciudades relacionadas con Cervantes. ¿No es lógico pensar que algunos amigos de Cervantes, de Alcalá o Madrid, atraídos por la fama de Loyola ingresaran en la Compañía? ¿no asegura Emiliano M. Aguilera, aunque sin documentar, que Ribadeneyra era amigo de Cervantes¹⁰?

El caso es que él se encuentra en Roma en aquellos momentos en los que la Compañía está secretamente intentando hacer desaparecer el *Relato* para sustituirlo por la *Vida* latina de Ribadeneyra que, rodeada de no menos misterio, se imprime en Nápoles en 1572, año en el que precisamente se sitúa a Cervantes entre esa y otras ciudades próximas de la costa italiana, donde perma-

nece hasta 1575, cuando de vuelta a España es hecho prisionero por los berberiscos y comienza sus cinco años de cautiverio en Argel, donde también hace amistad con personas relacionadas con la Compañía: “Entre los amigos de Cervantes en Argel destaca no por azar Antonio Veneziano, más o menos de su edad. Un hombre que había llevado una vida irregular y aventurera [...] Leonardo Sciascia, que ha estudiado a Veneziano, habla también de <<irreverencia>> en materia religiosa, pese a su pasado de seminarista con los jesuitas”¹¹.

¿Por qué la Compañía? Al margen de la posible existencia de esas razones personales y de convivencia que pudieron estimular la intromisión de Cervantes en los asuntos de la Compañía, ¿a qué se debe que la escogiera como *leitmotiv* de gran parte de su obra? ¿por qué es tan importante el secuestro y sustitución del *Relato*?

La respuesta está en la *Vida*. Cualquiera que, objetivamente, conociendo a fondo el *Relato*, lea posteriormente el libro de Ribadeneira, sentirá un fuerte rechazo por la inmediata sensación de adulación, falsedad y retórica que transmite, tanto en su contenido como en su expresividad. Aunque lo peor es el resultado general, la enorme desemejanza existente entre la personalidad de Loyola emanada del *Relato* y la resultante de la *Vida*. Unánime, que no llegó a conocer el *Relato*, identificó a Loyola con don Quijote, pero no a través del libro de Ribadeneira, sino a través de la memoria popular y de los escritos del propio Loyola, tan ajenos a esa suntuosidad que, desde la aparición de la *Vida*, ha rodeado su figura.

¿Qué ocurrió en la Compañía para que se diera aquel giro?

Sabemos que el *Relato* es el fruto de una tradición que los compañeros de Loyola se encargaron de perpetuar no sólo a través de escritos, sino también de forma oral, tal como corresponde al héroe vivo que los jesuitas veían en su fundador. El *Relato* es el testamento de ese héroe que, ya en los últimos momentos de su vida, decide transmitir, como legado, el ejemplo de su trayectoria espiritual, ofreciendo, ante todo, la verdad como bien máspreciado de esa testamentaria y sin tener en cuenta las consecuencias que previsiblemente podría acarrear pues, aunque la Compañía había sido confirmada por el papa y gozaba de la misma legalidad

y derechos que las demás órdenes religiosas, tanto en España como en Portugal seguía estando duramente acosada por la Inquisición, que se negaba a aceptar incluso los dictados de Roma, de ahí que en distintas ocasiones los sucesivos papas se vean obligados a dictar nuevas bulas de confirmación de la Compañía, llegando a amenazar con la destitución e incluso la excomunión a quienes las incumplieran. Es decir, la situación de la Compañía en Roma, donde en poco tiempo se había convertido en un brazo importante del papado, era muy distinta de la de España, donde la Inquisición y los dominicos no habían olvidado quién era su fundador, ni su fama de hereje, ni su enorme reputación entre la gente, ni, probablemente, la enorme expansión e importancia que había logrado su orden en tan poco tiempo. Por todas esas cosas, Loyola seguía mal visto en las esferas del poder, como puede comprobarse en algunos escritos de la época. No es, pues, de extrañar que él, en los últimos años de su vida, siguiera, como ya vimos, negándose a que los miembros de la Compañía aceptaran cargos inquisitoriales, según consta en una de las notas recogidas por Gonçalves en su *Memorial*, donde poco después, Gonçalves apunta que Loyola acabó por inclinarse a que los jesuitas aceptaran cargos inquisitoriales en Portugal, por razón de algunas persecuciones inquisitoriales contra la Compañía en Castilla.

Esas anotaciones de Gonçalves pertenecen al verano de 1555, un año antes de la muerte de Loyola, y están hechas en los mismos momentos en que se escribe el *Relato*. Gonçalves explica muy claramente la negativa de Loyola a aceptar cargos y su cambio de idea. O sea, primero se niega y después acepta, dando muestras de una clara estrategia diplomática que debía sentar muy mal a los omnipotentes inquisidores, tal como demuestran esos ataques desoyendo incluso las órdenes del papa.

En el verano de 1556 murió Loyola, y el *Relato*, prácticamente recién finalizado, se expande por los distintos colegios con la aureola de las últimas palabras dictadas por un futuro santo. No había acusaciones contra la Inquisición ni los dominicos, ni opiniones personales, ni quejas, pero el certero e inapelable narrar de los hechos ponía al descubierto toda la bárbara injusticia de un sistema que, amparándose en Dios, contravenía no sólo las nor-

mas esenciales del cristianismo sino hasta los principios elementales del derecho natural y de la vida.

Loyola dejaba a la Compañía una auténtica bomba de relojería, un testamento que, lejos de aplacar la ira de la Inquisición española, ahondaba de nuevo en la vieja herida. Era como una vuelta a los orígenes, un nuevo rechazo al anquilosamiento en que seguía sumida la misma Iglesia española que le había perseguido treinta años antes.

En fin, Loyola volvía con el *Relato* a sorprender y a entusiasmar a los muchos españoles a los que la Inquisición mantenía amordazados, de forma que los viejos y nuevos erasmistas volvieron a ver en él y en su Compañía una posible tabla de salvación, una esperanza para la supervivencia del pensamiento humanista. El *Relato* resucitaba una vieja lucha, y creaba en sus lectores y seguidores la esperanza de una oposición organizada por una fuerte institución asentada en todo el mundo, cuyo ejemplo sería un importante baluarte contra la ortodoxia y el totalitarismo.

Cuando diez años después de su muerte comienza a retirarse el *Relato*, y cuando poco después se sustituye por la *Vida*, todos comprenden por fin el giro ético e ideológico dado por la Compañía y el negro horizonte que se vislumbraba para el humanismo. ¿Qué hubiera ocurrido, por ejemplo, si los jesuitas, que contaron con el apoyo de casi todos los papas, hubieran seguido defendiendo el ideario con el que nacieron? ¿habría servido la Compañía de contrapeso a las desequilibradas fuerzas de la contrarreforma y, probablemente, suavizado su inaguantable presión? Imaginemos, por ejemplo, las consecuencias de la sustitución del *Relato* por la *Vida*, la diferencia entre utilizar como guía de los novicios un libro donde se ensalza la búsqueda de la espiritualidad a través de la justicia y la verdad evangélica, o ser conducidos por un panfleto oportunista e interesado donde se transmite la idea de un super hombre con poderes milagrosos y escogido especialmente por Dios desde su nacimiento.

¿Hubiera acabado la Inquisición con la Compañía de no haberse plegado a sus esquemas? Lo cierto es que el legado de Loyola se quebró tras su muerte, y su sepultura fue el secuestro del *Relato*. A partir de ahí, la Orden dejó de guiarse por un defen-

sor de la verdad y pasó a engrosar la lista del bando ortodoxo contra el que Loyola se había levantado.

¿Se comprende ahora la frustración e indignación de aquellos intelectuales ante la aparición del libro de Ribadeneira? La *Vida* era la prueba de que la regresión se había consumado y de que la Iglesia católica se alejaba de nuevo del verdadero espíritu cristiano implícito en el erasmismo para adentrarse de lleno en una aventura sostenida sobre la ignorancia y el miedo. Las diversas ocasiones en que a lo largo de su vida Ribadeneira escribe sobre Loyola son una prueba reveladora de cómo se fabrica un santo, de cómo los actos de un hombre van poco a poco divinizándose por sus sucesores y haciéndose semejantes a los de otros ya venerados.

Cervantes, con su obra, parece ser uno de los pocos supervivientes de ese bando frustrado¹² que, con ingenio y habilidad, hizo frente a la manipulación pues, en contra de todo lo imaginado, la novela moderna surge como una necesidad, como un arma para defender la verdad y, a su vez, como una burla de la inteligencia a los valores establecidos. El *Quijote* nació como un libro para leer, *sotto voce*, entre amigos, una exquisita diversión para mentes refinadas y comprometidas.

Su fama, su inmediata popularidad, tal vez se debió a esa sospecha que convertía al personaje en un símbolo de la lucha contra la opresión. Algo se barruntaba sobre su contenido secreto, sobre la ambigüedad del lenguaje cervantino, aunque muy pocos pudieron llegar a conocer el alcance de una hazaña que se fue diluyendo con el tiempo, pues el poder eclesiástico se encargó sutilmente de borrar cualquier huella que propiciara la identificación entre Loyola y don Quijote. Sabemos seguro que el *Relato* siguió secuestrado, y que la *Vida* dejó de reeditarse el mismo año en que apareció el *Quijote*, cuya fama fue decreciendo en la misma proporción en que creció el poder eclesiástico, tal vez promotor del silencio que poco a poco cayó sobre la obra de Cervantes, cuya difusión se vio incomprensiblemente “frenada a partir del último cuarto del siglo, como lo demuestra el hecho de que entre 1674 y 1704 no apareció ninguna nueva edición de la novela”¹³, detalle que probablemente se deba no al cambio de los gustos del público, sino al trabajo de zapa de los jesuitas y sus

socios. Incluso en el siglo XVIII se intentó frenar el renacimiento del cervantismo que supuso la biografía de Mayans.

No obstante, el gran obstáculo para identificar a don Quijote con Loyola, la llave de la que han carecido todos los estudiosos que han profundizado en esa relación, ha sido el secuestro del *Relato*, prácticamente desconocido hasta la segunda mitad del siglo XX. Todos los autores, desde Bowle a Unamuno, basaron sus conjeturas en información procedente de los primeros capítulos de la *Vida* de Ribadeneyra. La mayoría coincide prácticamente en sus conclusiones, y ninguno ha ido más allá de establecer una serie de paralelismos entre determinados rasgos de la personalidad de Ignacio de Loyola y don Quijote, y ciertas semejanzas entre algunos de los sucesos ocurridos a Loyola en sus primeros años de conversión y algunas de las aventuras de don Quijote en los inicios de la Primera Parte de 1605. En general, detalles significativos, aunque ninguna conclusión convincente ni definitiva. Tal vez porque todos ignoraron la existencia del *Relato*, que es la llave maestra que abre las puertas a la interpretación críptica, a la lectura profunda que atraviesa el *Quijote* de lado a lado.

Mis primeras investigaciones aparecieron en 1995 recogidas en un libro (*¡Mi padre!*, Ed. de la luna libros, Mérida 1995) lleno de sugerencias, entonces creía que hallazgos como este apenas necesitan explicación, e imaginaba que el interés por la obra cervantina supliría con creces las muchas lagunas de mi inexperiencia. Se publicó en una modesta editorial que hizo cuanto pudo enviando ejemplares a personas e instituciones del cervantismo, pero no hubo respuestas.

Dos años más tarde, y siguiendo la investigación abierta, volví a publicar un segundo libro (*DON QUIJOTE Y COMPAÑÍA*, edición del autor, Sevilla 1997) donde recogía, además del contenido del primero, cantidad de nuevos descubrimientos. La profundización en el análisis comparado de los primeros capítulos me había revelado una interconexión entre el *Quijote* y sus fuentes mucho mayor de lo esperado, y fui encontrando en ellas respuestas a los aspectos generales de la obra (el camino como eje central de la parodia, el motivo de las tres salidas, el proceso de imitación paralela capítulo a capítulo) y a otros más concretos, como la comentadísima interrupción de la batalla entre don Quijote y el

vizcaíno en el capítulo ocho, o el famoso error cronológico de la llegada a Barcelona, o la fascinante estrategia que desvela la fecha exacta de la muerte de don Quijote, etc. Todo derivado de una misma teoría razonada y ampliamente documentada que explica de una sola vez más que todas las hipótesis establecidas hasta ahora. Tampoco se dijo nada.

En el tercer libro (*El triunfo de don Quijote, Cervantes y la compañía de Jesús: un mensaje cifrado*, Muñoz Moya, Editores Extremeños, www.nimoya.com) refundo y amplío los dos anteriores, y añado un estudio detallado de los capítulos 10 al 14 de la Primera Parte, aclarando enigmas como los distintos autores de la obra, el origen de los manuscritos hallados en el Alcaná de Toledo, la esencia del bálsamo de Fierabrás, los comentados juegos numéricos de los capítulos 11 y 12, o la naturaleza institucional de la pastora Marcela. En realidad, ni uno solo de los considerados errores u olvidos carece de justificación y todos hallan su razón de ser en estas fuentes, que igual explican la extraña discordancia existente entre el epígrafe del capítulo décimo y su contenido, que el famoso discurso de Marcela o el acaramelado nombre de Dulcinea. Todo sutilmente transmitido a través de un lenguaje cifrado que convierte al *Quijote* en una osadía, en un desafío consistente en enviar a través del tiempo un mensaje que no debía ser interceptado por la Inquisición.

Lógicamente esta metalectura de la obra de Cervantes exige un convencimiento, casi una confabulación, con la lectura profunda, a la que sólo se llega a través del análisis exhaustivo de la novela y los textos que la complementan. Textos que, tal vez sean insuficientes, puesto que se sabe, por ejemplo, que en el siglo XVIII desaparecieron algunos escritos de Gonçalves.

Esperemos que pronto, la Compañía de Jesús asuma sin complejos la historia y nos deslumbré con aspectos esenciales de esta trama que sólo con el tiempo se irá desvelando en su totalidad pues, probablemente, durante los últimos siglos, han guardado el material precioso que los amantes de Cervantes esperan encontrar para desenmarañar, en su totalidad, la fascinante intriga bibliográfica y policiaca que encierra el *Quijote*, la raíces ocultas de ese inmenso árbol que, además de una novela, cobija un ingenioso sistema de escritura secreta con el que Cervantes esperaba resta-

blecer tarde o temprano la verdad de unos hechos históricos convertidos en símbolos de una larga época.

IV. DON QUIJOTE PEREGRINO. En los ocho primeros capítulos del Quijote Cervantes realiza una exhaustiva imitación del *Relato* del peregrino primitivo, es decir, aquella primera copia dejada por Gonçalves en Roma, escrita sólo en castellano y compuesta de ocho capítulos incompletos. Ese es el germen del *Quijote*, la base sobre la que Cervantes inicia el trabajo de imitación de la estructura formal y el contenido del *Relato*.

La división de la primera parte de 1605 en ocho capítulos tiene, pues, como primer objetivo copiar esa estructura de ocho capítulos del *Relato* primitivo, hasta tal punto que Cervantes, para no dejar lugar a dudas, hace que su octavo capítulo quede inconcluso en el momento en el que don Quijote entra en batalla con el vizcaíno, de la misma manera que en las copias de Roma el capítulo octavo termina precipitadamente en el momento en que Lolya está amenazado de recibir una paliza ejemplar.

A ese paralelismo estructural le corresponde otro, igualmente exhaustivo, de contenido y desarrollo, una parodia correlativa donde, salvo algunas excepciones de ajuste, cada capítulo es una recreación en el contenido de su correspondiente del *Relato*.

Es decir, los ocho primeros capítulos del *Quijote* son casi un calco, un reflejo ondulante de los ocho primeros capítulos del *Relato*.

Junto a esa sujeción estructural y temática, desde el principio Cervantes también recurre constantemente a la *Vida* de Ribadeneira como fuente permanente del contenido paródico, pues ambos libros, el primero como verdadera historia y modelo de los auténticos historiadores, y el segundo como prototipo de la vana y falsa literatura, serán las fuentes esenciales de estos ocho capítulos primeros, donde la *Vida* es siempre motivo de burla e inspiración de los aspectos más disparatados de la figura de don Quijote.

Las claves esenciales de esta Primera Parte de 1605 son, pues, la imitación de la estructura formal del *Relato* primitivo, la imitación del contenido de cada capítulo, y el ropaje paródico de la *Vida* que envuelve y disfraza de caballería esos ejes esenciales. Además, como contraseña central del conjunto y como máximo

referente de acceso al lenguaje cifrado, aparecen diversas acepciones del vocablo “peregrino”, en consonancia con el valor que dicha palabra ocupa en esos capítulos del *Relato*, centrados en el nacimiento y evolución de Loyola, siempre nombrado en el libro como “el peregrino”.

A esas claves señaladas debe añadirse otra más genérica y definitiva, y es que tanto en los ocho primeros capítulos del *Relato* como en los del *Quijote* se producen dos de las tres salidas realizadas por sus protagonistas desde sus casas respectivas.

En conjunto, tanto el *Relato* como la *Vida* están desmenuzados en estos primeros capítulos, cuyo eje camino-peregrinación se adorna de un trabajo de acarreo en todas direcciones, una labor minuciosa donde Cervantes demuestra sus conocimientos como investigador y su fascinante capacidad de síntesis y parodia. En realidad, cuando anuncia que su propósito es poner en aborrecimiento la lectura de libros de caballerías, en esos momentos en declive, está subrepticamente refiriéndose a su deseo de desenmascarar las falsedades de los libros religiosos, precisamente en auge, y entre los que el libro de Ribadeneyra creaba un precedente exagerado de engaño y manipulación histórica. Algo que, como señala Wardropper, era ya casi una costumbre generalizada entre los religiosos: la “preocupación de Cervantes con los problemas de la verdad histórica y su reconocimiento fue estimulada, a mi parecer, por la crisis que estaba pasando el arte del historiador. Si los cronistas medievales habían combinado inocentemente –quizá sin querer– la ficción con la narración de los hechos, a partir del siglo XV los historiadores se habían atareado en una falsificación intencional de la historia”¹⁴. Por eso no debe extrañar que en el primer párrafo del *Quijote* se haga una exaltación de la verdad, ni que ésta se convierta en uno de los temas obsesivos de la obra junto con la libertad y la tolerancia, los tres ejes temáticos de estos capítulos, donde el *Relato* y la *Vida* van apareciendo como modelos positivos o negativos de un arte con fines humanistas o reaccionarios.

En general, la intensa relación existente entre los ocho primeros capítulos del *Quijote* y sus fuentes es la clave para acceder a la lectura profunda de la totalidad, ya que estos capítulos contienen las bases del nacimiento paródico de los personajes funda-

mentales y pistas metodológicas imprescindibles para penetrar en el resto de la obra. Eso explica que, al ser el *Relato* su fuente principal y al estar secuestrado casi hasta mediados del siglo XX, haya sido prácticamente imposible esclarecer su profunda relación con la obra, a cuyo oscurantismo y doble lenguaje deberá adaptarse quien quiera iniciarse en la lectura de sus raíces profundas, pues Cervantes crea en esta Primera parte una especie de alfabeto críptico al que se accede por acumulación y relación de la totalidad de sus ocho capítulos con los ocho del *Relato*, de ahí que mientras mejor se conozcan ambos textos más se apreciarán sus imbricaciones y la ingeniosa y singularísima tarea realizada por su autor, definitivamente un humanista librepensador y heroico, un genio del que todavía queda por desentrañar una parte esencial de su pensamiento y de su arte.

La extensión del análisis detallado de cada capítulo impide incluir, en el espacio concedido a cada ponencia, alguno que sirva de muestra para conocer los métodos y procedimientos de Cervantes. Por eso he de conformarme aquí con ofrecer un cuadro-resumen, abreviado, de las coincidencias expresivas existentes en el capítulo primero, semejante en extensión y contenido a los catorce restantes, y ofrecer una síntesis del contenido paródico de todos, que pueden resumirse así:

CAPÍTULO UNO: La idea del hidalgo ocioso a quien las excesivas lecturas le influyen hasta el punto de abandonar su casa y hacienda e irse por el mundo con el firme propósito de imitar a sus héroes y restablecer la antigua orden de la caballería, está implícita en el capítulo primero del *Relato*, donde se narra el giro radical que se produce en la vida de Loyola cuando, tras ser gravemente herido en las piernas, debe permanecer en cama una larga temporada. Para entretenerse pide libros de caballerías, a los que era muy aficionado, pero al no haberlos, se pone a leer dos libros sobre la vida de Cristo y los santos. Dicha lectura le afecta hasta tal punto que, en apenas dos meses y tras una milagrosa visitación de la Virgen con su hijo, decide hacerse peregrino e imitar a los santos más famosos en sus más dificultosas acciones.

De forma muy resumida esa es la esencia del primer capítulo del *Relato*, del que Cervantes toma ante todo la idea general del hombre ocioso y soñador al que los libros cambian su vida, y al

que también, en ciertos aspectos, se le toma por loco, pues la familia de Loyola difícilmente pudo asimilar un giro tan radical y en tan breve espacio de tiempo. De hecho, el hermano mayor, que ocupa el lugar del padre, muestra una clara oposición e intenta convencerlo rogándole “no se eche a perder” Lo mismo debieron pensar los restantes miembros de la casa solariega de Loyola, sorprendidos ante el inesperado cambio del valeroso militar que, tras renunciar a su herencia, inicia una larga peregrinación hasta Jerusalén. Él mismo cuenta en el *Relato* cómo en más de una ocasión le toman por loco.

CAPÍTULO DOS: Loyola abandona su domicilio por la mañana y sin haber comunicado a nadie su intención de hacerse peregrino y viajar hasta Jerusalén. Su primer destino es el monasterio de Montserrat, donde llega con la idea de velar sus armas ante el altar de la Virgen durante toda la noche y cambiar su vestido civil por el de peregrino. Don Quijote abandona su hogar muy de mañana y con el mismo secretismo. Su idea es viajar por todo el mundo y su primera parada una venta, que él imagina castillo, y en la que espera velar toda la noche sus armas para, después, ser armado caballero.

CAPÍTULO TRES: La vela de armas de don Quijote en el patio de la venta parodia la vela de armas de Loyola en la capilla del monasterio de Montserrat. Uno ante el altar de la Virgen, el otro ante el pilar del patio. En ambos casos la ceremonia transcurre durante la noche. Las molestias que le causan los arrieros parodian las tentaciones que sufre Loyola en Manresa, donde el diablo, en varias ocasiones, le desasosiega su recogimiento. Finalizada la ceremonia de la vela, Loyola abandona Montserrat y don Quijote la venta.

CAPÍTULO CUATRO: Amanece cuando Loyola se aleja del monasterio. Apenas ha caminado una legua cuando le alcanza un hombre que quiere saber si él había dado sus vestidos de caballero a un pobre. Se le saltan las lágrimas porque comprenden que su gesto generoso ha provocado injurias y humillaciones al mendigo detenido por robo. Amanece cuando don Quijote sale de la venta y, apenas ha caminado un poco, escucha los lamentos de un joven que está siendo apaleado por su amo que le acusa de perderle el ganado. Don Quijote libera al muchacho y le hace

prometer al amo que le pagará los salarios que le debe. Cuando se aleja ufano por su buena obra, el labrador incrementa su castigo sobre el muchacho. Don Quijote conocerá más adelante (QI, 31) que su buena obra tuvo consecuencias nefastas para el pastor.

Acto seguido don Quijote se topa con unos mercaderes a quienes exige confesar la hermosura de Dulcinea sin verla, parodia del episodio del *Relato* en el que Loyola se encoleriza con un moro, y está a punto de asestarle una cuchillada, porque pone en duda la virginidad de María después de haber sido madre.

CAPÍTULO CINCO: El estado de quebrantamiento en el que queda don Quijote tras la paliza recibida de los mercaderes, parodia la situación de incapacidad de Loyola tras ser herido en Pamplona por los franceses, que no sólo le curan lo mejor posible sino que le tratan amigablemente y le envían a su casa. Don Quijote, una vez reconocido por su vecino, es también tratado cortés y amigablemente, pues le auxilia, le ayuda a levantarse y le conduce hasta su casa.

CAPÍTULO SEIS: La llegada de Loyola a Alcalá, su aspecto de peregrino, su fama de erasmista y sus predicaciones en el pueblo, provocan la intervención de la Inquisición, su encarcelamiento y una sentencia que le obliga a vestir como estudiante y a no predicar hasta que obtenga un título para ello. Los mismos acontecimientos y resultados se repiten poco después en Salamanca. Cervantes parodia esas injustas persecuciones y sentencias con una jocosa farsa crematística donde un grupo de ignorantes, conducidos por un cura, arroja libros al fuego sin prácticamente conocer su contenido. Los libros de caballerías aparecen como representantes de los libros prohibidos y sus autores.

CAPÍTULO SIETE: La prisión de Loyola en Alcalá y Salamanca es la base paródica de la estancia de don Quijote en su casa, al igual que la sentencia que obligaba a Loyola a no predicar ("le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas") inspira el tapiado de la biblioteca de don Quijote, que una vez recuperado busca un escudero, en consonancia con los primeros compañeros que comienzan a seguir a Loyola.

CAPÍTULO OCHO: Los molinos de vientos transformados en gigantes de enormes brazos son la respuesta paródica de Cervantes al inmenso poder de la Inquisición, capaz de perseguir a

Loyola desde Alcalá y Salamanca hasta París, donde fue acusado de proselitismo, y amenazado de recibir una paliza ejemplar. En ese punto, sin dar respuesta al desenlace de esa amenaza, finaliza la parte castellana del *Relato*, de igual forma que el enfrentamiento entre don Quijote y el vizcaíno finaliza sin respuesta porque, según el narrador, carece de la fuente de información en que se basa.

En general, esta primera parte de 1605 concluye con la parodia de los hechos más significativos de la vida ascética de Loyola, abriendo en los dos últimos capítulos el camino para la creación y organización de la Compañía, que será materia para la segunda parte.

V. DON QUIJOTE EN COMPAÑÍA. La diferencia esencial entre la Primera y la Segunda parte de 1605 es la importancia que en la última toma la *Vida* en detrimento del *Relato*. No es que desaparezcan absolutamente los referentes a la obra de Gonçalves, sino que el *Relato* deja de ser el núcleo central de la parodia porque en él no se ofrecen noticias sobre la fundación y desarrollo de la Compañía, base sobre la que Cervantes ha basado la parodia de los seis capítulos siguientes, según corresponde al orden cronológico de la vida de Loyola que es, a fin de cuentas, el eje central de todo el Quijote.

Si la Primera Parte es un maravilloso y complejo ejercicio a través del que se transmite o insufla a don Quijote la vida del Loyola peregrino y su personalidad, la Segunda es una recreación en la fundación y primeros avatares de la Compañía como institución, con especial atención a los primeros momentos del colectivo y a las muertes de los primeros fundadores. Es decir, la aparición de Cide Hamete está provocada por el agotamiento real de las fuentes anteriores, pues a partir del capítulo VIII del *Relato* finalizan prácticamente las acciones individuales de Loyola ya que, desde el momento en que encuentra a sus seguidores y forma el grupo, casi nunca actúa solo, por eso el *Relato* resume en pocas páginas el resto de los acontecimientos que, además, ya habían sido ampliamente recogidos por los otros compañeros.

Cervantes está, pues, siguiendo hasta aquí un esquema diacrónico de la historia de Loyola y la Compañía y, tras la batalla del vizcaíno, en paralelo con la fundación de la orden, hace desa-

parecer el personalismo de don Quijote y da paso al colectivo representado por el grupo de pastores protagonistas de esta Segunda Parte, caracterizada por el exhaustivo aprovechamiento de algunos capítulos de la *Vida*, de donde Cervantes extrae no sólo su contenido esencial, sino una enorme cantidad de frases y expresiones insertadas en su obra con absoluta naturalidad, y cuyo objetivo es ayudar a localizar las correspondencias generales que facilitan el acercamiento a los detalles. Ese trasvase de palabras, esa fórmula sistemática de trabajo, es, además, una invitación permanente a la reflexión sobre la realidad histórica y la ficción, ambas juntas en el texto y, en muchas ocasiones, intercambiando sus funciones en fantásticos juegos literarios.

Los protagonistas de estos capítulos, a excepción del 9 y 10 que son de transición, no son pues don Quijote y Sancho, sino los pastores, igual que en la *Vida* no es Loyola, sino todos los compañeros. Dicho protagonismo colectivo se manifiesta en la constante presencia del círculo (reuniones a la redonda) como símbolo de vida religiosa y comunal.

Las fuentes externas de inspiración paródica dejan de ser los libros de caballerías y dan paso a la novela pastoril, otro género también en boga y perfectamente adaptable a la ascética vida en el campo que practican los fundadores de la Compañía. El mismo Ribadeneyra, siguiendo la tradición católica, repite en muchas ocasiones la metáfora del religioso pastor y su rebaño.

Como clave general de toda esta Segunda Parte está el vocablo “compañía”, convertido, como en la Primera “peregrino”, en el referente central de estos capítulos dedicados a la parodia de la fundación y constitución de la nueva orden.

CAPÍTULO NUEVE: La imagen congelada de don Quijote y el vizcaíno con las espadas altas y desnudas vuelve a recordar el sentido simbólico de la narración, es decir, el momento de la amenaza de paliza con varas que pesa sobre Loyola, hecho histórico en torno al que gira la parodia.

CAPÍTULO DIEZ: Aunque se inicia con el revelador y burlesco epígrafe trastocado, parodia de las manipulaciones de Ribadeneyra, el resto del capítulo es de transición. Se trata de una especie de mosaico a base de fragmentos y alusiones a la historia de la Compañía, pero tomando como fuente esencial la *Vida*, pues

el *Relato* no ofrece prácticamente información de los movimientos realizados por Loyola y sus compañeros al alejarse de París en busca de un lugar donde reunirse y organizarse, que es más o menos el sentido de este capítulo itinerante.

CAPÍTULO ONCE: Ingeniosa recreación en los capítulos de la *Vida* que narran los actos realizados por Loyola y sus compañeros para la fundación de la Compañía. Además de un considerable número de referentes expresivos, la clave más reveladora es el sutil juego numérico con el que Cervantes imita a Ribadeneyra. Resulta igualmente significativa la primera mención en la obra del vocablo “compañía”, clave general para todo el *Quijote* y referente inequívoco de estos capítulos centrados en la parodia de la fundación de la Orden. Y al igual que Loyola tenía por costumbre guardar silencio durante la comida y hablar de las cosas de Dios una vez finalizada, don Quijote, tras su frugal cena con los cabreros, imita a Loyola pronunciando el discurso de la edad dorada.

CAPÍTULO DOCE: La muerte de Crisóstomo es un trasunto del fallecimiento del jesuita Pedro Fabro, según información del *Vida*. Marcela es, igualmente, un símbolo de la Compañía, representada como una mujer joven, cuyas virtudes y belleza atraen irresistiblemente a esos jóvenes e idealistas pastores que la persiguen por los campos.

CAPÍTULO TRECE: El encuentro entre don Quijote y Vivaldo es una larga recreación paródica paralela a los encuentros mantenidos entre Loyola y el Nuncio Apostólico Jerónimo Veralo. También se revela en este capítulo el origen del nombre de Dulcinea.

CAPÍTULO CATORCE: El juego paródico de esta Segunda parte de 1605 alcanza su máxima complejidad en este capítulo, donde la idea del Quijote como mosaico a base de detalles procedentes de la *Vida*, se plasma de forma patente en la Canción de Grisóstomo y en el discurso de Marcela, cuya aparición es una recreación en el momento en que la Compañía toma nombre y se deja ver por todos como una organización de origen divino.

De esta forma, la segunda parte de 1605 concluye con la parodia de la Compañía fundada, organizada y confirmada.

Para finalizar, se ofrece a continuación el cuadro, abreviado, de paralelismos formales del capítulo uno.

	CAPÍTULO UNO	
RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<p><u>“no</u> <u>habemos de</u> <u>tratar de la vida y</u> <u>santidad de un</u> <u>hombre que ha</u> <u>muchos siglos que</u> <u>pasó,[...]</u> <u>scribimos de un</u> <u>hombre que fue en</u> <u>nuestros días”</u></p>	<p><i>También, según el narrador, la historia de don Q. es reciente: “no ha mucho tiempo que vivía”</i></p>
	<p>“Íñigo de Loyola [...] nació de <u>noble linaje</u> [...] Fue su padre Beltrán Yañez de Oñaz y Loyola, <u>señor de la casa y solar de Loyola”</u></p>	<p>“Hidalgo”[...] hijodalgo de <u>solar conocido</u>” (QI, 21)</p>
<p>“Al día siguiente por la mañana en que debía partir, <u>se levantó de madrugada”</u></p>	<p><u>“era de comple-xión</u> flemático y frío” “estando él tan <u>flaco</u> y tan quebrantado”</p>	<p><u>“Era de comple-xión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador”</u></p>
<p><i>Sobre Loyola escriben, con diferente criterio, dos autores: Gonçalves y Ribadenevra.</i></p>		<p>“hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben”</p>
<p><i>A causa de sus heridas estaba ocioso porque “le era forzado estar en</i></p>		<p>“estaba ocioso” casi todo el año.</p>

el lecho”		
“era <u>muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías</u> ”	“Era en este tiempo muy <u>curioso, y amigo de leer libros de caballerías...</u> ”	“ <u>se daba a leer libros de caballerías</u> ”
“Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se <u>aficionaba</u> a lo que allí hallaba escrito”	“Comenzó a leer en ellos[...] por <u>afición y gusto</u> ”	“se daba a leer libros de caballerías con tanta <u>afición y gusto</u> ”
	“Era en este tiempo muy <u>curioso</u> ”	“Llegó a tanto su <u>curiosidad</u> ”
	“ <u>Muerto del todo al mundo y a todas sus cosas, no tenía cuenta ninguna con los negocios de sus deudos</u> ”	“ <u>Se olvidó de la caza y de la administración de su hacienda</u> ”
“Mas dejándolos de leer, algunas veces <u>se paraba a pensar en las cosas que había leído</u> ”		“ <u>desvelábase por entender y desentrañarles el sentido</u> ”
	“ <u>le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos</u> ”	“muchas veces <u>le vino</u> deseo de tomar la pluma”
	“ <u>se le pasaban las más noches de claro en claro</u> sin sueño, y le robaban el poco	“ <u>se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y</u>

	tiempo que él tenía señalado para dormir”	los días de turbio en turbio”
“mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento”	“ <u>si se dan a la meditación y oración sin el freno de la discreción... se les viene a secar la cabeza</u> ”	“ <u>del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro</u> ”
“leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí había escrito [...] se le ofrecían a la fantasía”		“Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros”
“Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo había hecho” “cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aun más” “su intención era hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los	“iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesús, nuestro Capitán y Señor y a los otros santos que, por haberle imitado, merecen ser imitados de nosotros” “ <u>como hubiese leído en sus libros de caballerías</u> , que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él como caballero novel de Cristo” “vinole al	“por imitar en todo cuanto a él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros” (QI, 4) “Y no pienses, Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello” (QI, 10) “Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar” (QI, 25) “cuál sería mejor y le estaría más a

<p><u>Santos</u>”</p>	<p>pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcan-zarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber”</p>	<p>cuento: imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, o Amadís” (QI, 26)</p>
<p>“el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: «<u>este hombre no tiene seso</u>”</p>		<p>“vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo” QI, 1 “ya les había dicho como era loco” QI, 3 “conoció que su vecino estaba loco” QI, 5 “todos le tuvieron por loco” QI, 13 “<u>túvole por hombre falto de seso</u>” QI, 17. Etc.</p>
<p><i>Loyola decide hacerse peregrino e “ir a Jerusalén descalzo”</i></p>	<p>“obrero fiel del Señor por todo el mundo” “por todas las naciones del mundo” “es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por</p>	<p>“le pareció conve-nible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacer-se caballero andante, y irse por todo el mundo”</p>

	<u>todas partes</u> el uso de estos sagrados Ejercicios a la república cristiana”	
“todo estaba <u>embebido en la ida que pensaba presto hacer</u> ”	“se pasaban los días y los meses sin <u>ponerse en efeto lo que él tanto deseaba</u> ”	“se dio prisa a poner en efeto lo que deseaba ”
	“ <u>Se armó</u> de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos [...] saludable costumbre de los <u>antiguos tiempos de la Iglesia primitiva,</u> de <u>hacerlo más a menudo,</u> la cual <u>tantos años atrás estaba puesta en olvido</u> ”	“lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, <u>luengos siglos</u> había que estaban puestas y olvidadas en un rincón”
	“para que le mudase el nombre y le llamase Israel y viniese a decir ”	“estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre [...] al fin le vino a llamar Rocinante”
	“Fundar <u>una Orden</u> de que tanto fruto se ha seguido y que en tan breve tiempo se ha extendido	“como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba [...] que era antes y primero de todos

	tanto por <u>todas las naciones del mundo</u>	<u>los rocines del mundo</u>
“leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, <u>razonando consigo</u> : ¿qué sería, <u>si yo</u> hiciese esto que hizo S. Francisco, y esto que hizo S. Domingo?”		<i>También a d. Q. se le oye hablar por primera vez en estilo directo: “<u>De</u>ciase él: <u>Si yo</u>, por malo”</i>
	“Puesto <u>de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora</u> ”	“se hingue <u>de rodillas ante mi dulce señora</u> ”

NOTAS

¹ Chateaubriand, Reflexiones y aforismos, Ed. Edhasa 1997, traducción de Lluís Maria Todó.

² Harold Bloom, El País, Babelia, 19-4-2003.

³ El relato del peregrino, Luís Gonçalves da Câmara, Revisión, presentación y traducción de Carmen Artal, Editorial labor, Barcelona 1973.

⁴ MONUMENTA HISTORICA SOCIETATIS IESU, FONTES NARRATIVI DE S. IGNATIO DE LOYOLA ET DE SOCIETATIS IESUS INITIIS, volumen IV, Roma, 1965, p. 9.

⁵ “Sobre él había dicho Ignacio de Loyola: <<...denle tanto crédito como a mi mismo>>” Don Sebastián, rey de Portugal, Antonio Villacorta, Ed. Ariel, Barcelona 1991, p. 53.

⁶ “si todos los demás aceptaban la mentira que impuso el Partido, si todos los testimonios decían lo mismo, entonces la mentira pasaba a la Historia y se convertía en verdad” 1984, G. Orwell, Editorial Destino, 1999, p. 41.

⁷ El triunfo de don Quijote: una máscara estudiantil burlesca de 1610 y otras invenciones, Catalina Buezo, Anales cervantinos XXVIII, CSIC, Madrid 1991.

⁸ Drake, Dana B.; Finello, Dominick L.: *An Analytical and Bibliographical Guide to Criticism on Don Quijote (190-1893)*. Newark (Delaware): Juan de la Cuesta, 1987 (248 págs), p.2. Información generosamente comunicada por Jaime Fernández, S.I., a quien pertenece la traducción del texto, desde aquí mi agradecimiento.

⁹ Más sobre la cultura de Cervantes, Ludovik Osterch, *anales cervantinos*, tomo XXVIII, CSIC, Madrid 1990, p.153.

¹⁰ “*Es amigo*, en aquel inefable ambiente toledado, *de Cervantes y de Lope*” Vida de san Ignacio de Loyola, P. de Ribadeneyra, Ed. Iberia, Barcelona, 1960, p. IX.

¹¹ Tras las huellas de Cervantes. Perfil inédito del autor del Quijote. Rosa Rossi, Ed. MINIMA TROTTA, Madrid 2000, p. 44.

¹² “El caballero Don Quijote es un visionario de un mundo inalcanzable del que nos habla desde el desierto de su corazón; es un eremita, un viejo soldado que contempla cómo los proyectos utópicos que florecieron medio siglo antes no pueden cobrar vida en suelo español. Dicho en términos orteguianos: Cervantes está en contra de un “sistema de preferencias” que aparecen en su época y que olvida los grandes ideales y valores que él vivió en su juventud; un nuevo “estado de cosas” que corre parejo a ese nuevo Estado moderno donde el humanismo idealista de Cervantes no encontró cauces para expresarse vitalmente como él ansiaba. Quizás esto explique en gran parte la riqueza y originalidad del Quijote” José María Piñero Valverde, *Utopía y temporalidad en el Quijote*, Alfa, Revista de la Asociación Andaluza de Filosofía, Año V, nº. 9, enero-junio 2001.

¹³ *Lecturas del Quijote*, Ascensión Rivas Hernández, (Siglos XVII-XIX), Ediciones Colegio de España, Salamanca 1998, p. 11.

¹⁴ DON QUIJOTE: ¿FICCIÓN O HISTORIA?, El Quijote, Edición George Haley, Ed. Taurus, Madrid 1984, p. 246.